

EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO
DE ELENA MARTÍN VIVALDI (II)
Lejanías

ordenado y dispuesto para la imprenta
por JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC

NOTA PREVIA

II

De la consumación y la lejanía

Desde que en 1945 apareciera *Escalera de luna*, Elena Martín Vivaldi tan sólo fue publicando, a lo largo de toda su carrera literaria, los títulos estrictamente necesarios, y espaciados en el tiempo según requería su única exigencia creadora. Como ella misma había afirmado, el «poema es el resultado de una constante y anhelante espera». Teniendo en cuenta los dos libritos, no los únicos, aparecidos en Málaga (*Primeros poemas [1942-1944]* de 1977; y de 1981, *Y era su nombre mar...*), todos los poemarios suman un total de diez, agrupados, con la sola exclusión de algunas composiciones muy puntuales, en los dos volúmenes de *Tiempo a la orilla [1942-1984]* (Granada, 1985). Al añadir los sonetos de *Desengaños de amor fingido*, publicados dentro del marco de la conmemoración del centenario de Pedro Soto de Rojas, celebrado por la Universidad de Granada en 1984, se delimita el *corpus* esencial de la obra de nuestra autora.

Tal y como expresé en la anterior entrega de *Analecta Malacitana*, después de 1985 sólo en contadas ocasiones surgen versos inéditos. Elena ya no nos ofrecerá ningún libro

[653]

AnMal, XXX, 2, 2007, págs. 653-661.

de poemas más en el sentido estricto. Además de los citados *Desengaños* (Granada, 1984/Málaga, 1986) y de algunas antologías y homenajes que incluyen ciertas novedades, tan sólo cuatro títulos aportan en su integridad material distinto. Por un lado, *Jardín que fue...* (Madrid, 1985/Málaga, 1987) y *Canción de bodas* (Málaga, 1988), breve composición cuya edición, sólo destinada para disfrute familiar (25 ejemplares), fue realizada bajo el cuidado de Salvador López Becerra. Por otro lado, tenemos la exquisita carpeta de arte *La realidad soñada* (Madrid, 1995), reeditada por esta misma revista y confundida tantas veces con una *plquette*, cuando no ha sido omitida de ciertos catálogos bibliográficos o citada con el año de publicación equivocado. Y luego, nos encontramos con *Lejanías*. El contenido de estos dos últimos títulos, que fueron además las dos últimas publicaciones aparecidas en vida de nuestra poeta, no fue incluido en la recopilación *Distinta noche* (Granada, 1999), que reúne gran parte de la obra posterior a *Tiempo a la orilla*. Es decir, desde el momento de su aparición, y acaso por lo limitado de su distribución, tanto *La realidad soñada* como *Lejanías* no se han vuelto a imprimir.

Compuesta a mano y editada gracias al empeño de Carmen Ocaña, esposa del poeta motrileño Manuel Carrasco, *Lejanías* es una *plquette* que hace el número 6 de los *Cuadernillos Torre de la Vela*, colección que, surgida en 1985, blandía el lema: «In ipsis nubibus navis, pulsus in distancia». *Lejanías* tuvo una tirada de doscientos ejemplares numerados y veinte nominales, impresos en Motril, con colofón fechado el 2 de octubre de 1996, e incluye un dibujo de Julián Morón. Consta de cuatro poemas dedicados a un buen amigo, por aquel entonces, desaparecido: Enrique Molina Campos, poeta, crítico y autor del espléndido estudio preliminar de *Tiempo a la orilla*. La *plquette* fue presentada en Granada el 22 de diciembre, el mismo año de su publicación. El acto se celebró en el Palacio de la Madraza y la mesa estuvo constituida por el profesor Antonio Sánchez Trigueros, el poeta Juan de Loxa y la editora Carmen Ocaña. El texto que ahora ofrezco está contrastado con la versión de 1996 y ha sido limpiado de algunas molestas erratas.

Como ya he adelantado, nos encontramos, ante la última agrupación de inéditos que Elena Martín Vivaldi publica en vida. A partir de aquí se expande un profundo silencio, tan sólo roto por la antología *Las ventanas iluminadas* (Madrid, 1997) que, a cargo de Rafael Juárez y Luis García Montero, supuso un cierto reconocimiento nacional. Un mes después del fallecimiento de la poeta (el 9 de marzo de 1998), a manera de urgente tributo, surge en la primavera, concretamente en abril y el mismo día en el que se conmemora el aniversario de Cervantes («con quien Elena Martín Vivaldi comparte ya el cielo, azul y amarillo, de la literatura»), otra hermosa y pulcra *plquette*, que recoge el título de un poema conocido: *Niños van y pájaros* (Granada, 1998). Compuesta por un sucinto racimo de versos, seleccionados y prologados por Antonio Carvajal, nos brindó la grata sorpresa de diversas novedades, que engrosaron un año más tarde la citada colectánea *Distinta noche*.

Sabemos, según testimonio de Salvador López Becerra, de las reservas que tuvo Elena para ofrecer a las prensas el nuevo material de *Lejanías*. Gracias a la oportuna mediación y al empuje de la amistad del mencionado poeta malagueño, llegaron, por fin, los versos a manos de Carmen Ocaña. Pese a las reticencias iniciales de la autora, no nos encontramos ante una obra de circunstancia o con material cedido por mero compromiso. Por el contrario, se trata de cuatro poemas perfectamente estructurados entre sí y que se ensamblan de forma plena al conjunto de la obra. *Lejanías* podría leerse igual que una cadenciosa composición unitaria de arte menor, que esencializa dos de los símbolos más queridos por la poeta (la luna y la noche) y que, por su atmósfera temática, entronca con

el libro *Nocturnos* (Granada, 1981), especialmente con el tramo central (*Donde la noche es luna*), lo mismo que recuerda ciertos pasajes de *Durante este tiempo* (Barcelona, 1972). Pero también es una milagrosa prolongación del poema *Luz última*, el que cierra *Y era su nombre mar...* (Málaga, 1981): la serenidad ante aquel ocaso marino de «rosada transparencia» y «honda paz» de la poeta se transmuta ahora en contenida zozobra por la extinción en la oscuridad de la noche, del tiempo y de la existencia. Por tanto, *Lejanías* ha de abordarse asimismo como una emotiva despedida dedicada al amigo fallecido, un conmovedor colofón, un lacónico discurso sobre la oscuridad y las sombras, el amor y la pureza a la que aspira cierta creación poética. Creo que no exagero lo más mínimo al afirmar que, pese a su brevedad, nos encontramos, por el tono, por la calidad y por la ubicación cronológica, con un segmento trascendental con el que Elena Martín Vivaldi corona su obra en vida, y que no ha sido suficientemente resaltado, en su auténtica dimensión, por la crítica especializada.

La primera composición, *Lejano amor*, se dirige a la luz intuida de una luna oculta e imprecisa, que escondida en «el intrincado azul, /tejido de su ausencia», representa una noción de amor que, a estas alturas de la biografía de nuestra poeta, bien podría encarnar aquellos fantasmas afectivos de juventud, que dieron como resultado *Diario incompleto de abril* (1947), lo mismo que se escora hacia un contenido mucho más abierto e impreciso: el amor como aliento vital que vincula al yo lírico con la plasticidad de la materia circundante y con la energía de los seres; el amor como flujo que empuja hacia la comunión, la vida y la escritura (y piénsese, por ejemplo, en la composición *No es silencio un amor de Arco en desenlace*, Granada, 1963). No obstante, ese amor, sea lo que sea y concebido en el último tramo de la existencia, es ya algo tan remoto como el perfil esquivo de un astro, perdido «en la sombra/donde la luz no llega». Está todavía por estudiar debidamente la auténtica evolución de este concepto a lo largo de la toda la trayectoria de la autora de *El alma desvelada*. Concepto que se desarrolla desde la inicial manifestación afectiva de la fase juvenil, cargada de desengaño y anudada a los sentimientos de soledad y maternidad frustrada, hasta una idea más amplia, más abarcadora e incluso más honda, o hasta ese esplendido, y a su vez lúdico, «fingimiento» con el que es homenajeado Soto de Rojas.

La presencia inicial de una luna omitida, o mejor camuflada bajo la expresión perifrástica, se va descubriendo progresivamente, al tiempo que su perfil se hace más nítido, gracias, en parte, al tono apostrófico dominante en el resto de los poemas. La intensidad de *No ser* nos evoca, con ciertas resonancias juanramonianas, la extinción definitiva, la muerte concebida como negación del ser, o mejor, como la imposibilidad de percepción de los signos más estimulantes de la vida y sus voces («el mar», «esta tierra», «aquel sol», «una estrella...»), en suma, del amor. Al final, no se da la persistente efusión de belleza que sobrepasa el acabamiento, mediante la infinita cadena de los seres, tal y como sucediera en el célebre *El viaje definitivo* del poeta de Moguer. Todo, incluso la luna («Entonces, ay luna, entonces/tú tampoco»), sucumbe en la nada, porque la belleza del mundo se da en su esplendor sólo cuando es advertida sensitivamente y recreada por la amorosa iluminación poética.

En las dos composiciones siguientes, la amigable epifanía lunar, «menguante» y «extraviada», queda desvinculada del yo poético. Pero mediante el tópico proceso de identificación, es reflejo, a su vez, de un estado de ánimo muy preciso, en el que la soledad radical del sujeto, anclado en inútil espera, ya no es «elemento fecundante» (en palabras de José Gutiérrez) sino verdad única, inmersa en la noche de la extinción:

Yo estaba aquí, en la espera
—mi luna extraviada—.
Tiempo sin ti.
Y te apartas dejándome
en la soledad sola
de tu ausencia.

Todo ello nos rememora, entre otras cosas, el rotundo tramo final de la composición *En soledad*, fechada en septiembre de 1984 (Almuñécar) y aparecida en la revista granadina *Nefelibata* de ese mismo año y luego en la antología *Poemas* (Granada, 1994):

Cuando la soledad se hace materia opaca,
y nunca se ilumina por la estrella,
ni siquiera una voz la descompone
en pequeñas partículas de asombro.
Y no sirve una mano que se tiende,
ancla o rama desnuda
para un pájaro o vida.
En esta soledad, cuando sucede,
ya no sirve la llama.
Todo es oscuridad.
Noche en la noche.

Y ésta es la misma e inquietante «noche» desde la que se escriben y desde la que nos habla *Lejanías*, que es, a su manera, los «poemas de la consumación» de Martín Vivaldi. El que estos versos fueran entregados, como he apuntado más arriba, con ciertas reticencias a la imprenta no evitó que guardaran tanta coherencia entre sí como con el resto de la obra de su autora. Lo que a estas alturas no deja de sorprendernos gratamente. Una vez más comprobamos cómo el universo poético de Elena es un carmen acotado, un «paraíso cerrado» para la voz y la palabra, pero, conforme lo recorremos con atención, advertimos una trama riquísima de mensajes y signos, en suma, «el temblor agudo» de un acento asombrado, palpitante y vivo.

LEJANÍAS

LEJANO AMOR

No hay mirada
que llegar pueda hasta su lejanía,
hasta el rincón de nubes,
donde esconde
la verdadera faz de su discordia,
el intrincado azul,
tejido de su esencia,
el cambiante reflejo de su rostro,
dispersado entre líneas
opuestas. Perdidas en la sombra
donde la luz no llega.

NO SER

Cuando ya no exista el mar,
ni esta tierra, ni aquel sol,
ni otras voces,
ni sus ecos.

Cuando no tiemble una estrella,
ni haya luz, ni aurora y llama,
ni desdibujadas sombras,
fantasmas de un día;
ni amor.

Nada.

Entonces, ay luna, entonces
tú tampoco.

Oscuridad.

LUNA MENGUANTE

Te esperaba. Te esperé
—noche tras noche—.
Te vi luego, ya era tarde,
estaba yo,
como tú,
luna,
menguante.

Qué alegría, qué pena,
verte y no verte.
Te me escondes, te ocultas,
te vas,
luego apareces.
Vigía de mi calle,
cambiante luna;
habitante de un cielo,
luna menguante.

Te busqué tantas noches
—la luna llena—
y sólo dibujabas,
tímida y alta,
(noticia de septiembre)
tu faz menguante.

EXTRAVIADA LUNA

Por cielos ignorantes, descreídos,
escondes tu presencia,
tus caminos recorres, atrevida,
de otros ojos buscando las miradas,
encendidas en ti,
atentas a tu signo,
en tu marea magnética
prendidas.
Olvidas ya los días
de abril impacientes,
de otros mayo sonámbulos,
de las noches inmensas,
de febriles agostos.
Olvidas la caricia
de mis palmas alzadas,
mi adentrarme en tu llama,
incorpórea, desnuda,
persiguiéndote, esquiva,
caminante de espacios.
Rehúyes ya mis brazos,
extendidos,
mis ojos, luz de faro,
marca fiel de tu rumbo.
Yo estaba aquí, en la espera
—mi luna extraviada—.
Tiempo sin ti.
Y te apartas dejándome
en la soledad sola
de tu ausencia.